

LO QUE GILLETTE DEJA ATRÁS

(visto por quienes vuelven a ponerse en camino)

“Una clínica cura a los pacientes. Una comunidad que cuida sostiene a las personas”.

I. Lo que queda

Estaba en la sala de recreo, la que se abre a los pacientes para el descanso de la tarde, el cigarrillo, la charla — y a nosotros, los acompañantes, que esperábamos para llevar de vuelta a casa a nuestros enfermos.

No estaba inquieto, pero sí atento: a cómo una persona se vuelve frágil dentro de la enfermedad, a menudo invalidante y sin salida, una enfermedad que no mira la edad de nadie.

Eran cinco hombres y una mujer, todos sentados en sillas de ruedas. Se volvieron hacia mí y empezaron a preguntarme cuántos años tenía, en qué trabajaba, de qué me ocupaba, cuál era mi vocación; y al final quisieron saber qué pensaba de ciertas cuestiones de política y de religión, y de algunos personajes públicos.

Tenían los ojos apagados, los ojos de quien solo espera ver cómo se apaga la luz. Y yo, en cambio, esa luz volví a encenderla.

Es mi manera de estar con la gente: hacerla sonreír. No soy actor, ni el bufón de la clínica — solo un hombre como tantos, pero no tan corriente como el pan.

Entonces me pidieron una historia. Y aquí debo ser sincero con el lector: la que conté no era un chiste decoroso, y no la habría contado en ningún otro lugar. Pero allí, en aquella sala, el permiso para reírse de lo que la vida les había quitado solo podían dárselo ellos, a sí mismos. Y me la pidieron. Así que la cuento tal como fue, porque limpiarla del todo sería traicionarlos.

Os voy a hablar — dije — de un hombre en silla de ruedas, sin brazos y sin piernas, que un día respondió a un anuncio en una web de citas.

Y si alguien no sonríe, añadí, no es culpa mía: solo querrá decir que hoy no es su día.

Una mujer muy rica, ya muy entrada en años — unos ochenta —, ayudada por su sobrina de cuarenta y cinco, buscaba marido. Pero después de todo lo que la vida le había enseñado, tenía las ideas claras sobre el tipo de hombre que quería: uno que nunca le levantara la mano, uno que se quedara en casa y — digámoslo así — un hombre de proporciones generosas.

Llamaron a la puerta. Se encontró delante a aquel hombre en silla de ruedas, sin brazos y sin piernas, pero joven y guapo, que venía a presentarse por el anuncio.

Lo entrevistó.

Quería un hombre que nunca le levantara la mano: y él no tenía brazos. Primer punto a su favor.

Lo quería casero, tranquilo: y él, sin piernas, en su silla. Segundo punto a su favor.

Y por último le dijo que lo quería bien dotado. Y él, con toda seriedad, respondió: “Señora… ¿y con qué cree usted que he llamado a la puerta?”

En ese momento los cinco hombres rompieron a reír, y no podían parar. Pero la mujer siguió seria, impasible. Y toda mi atención se fue hacia ella.

Para ella no tenía una segunda versión, no había preparado nada. Pero tuve un destello de inspiración: le dije que, si quería, le daría el número de teléfono de aquel candidato. Se le iluminaron los ojos, sonrió y dijo: sí, sí.

Le había arrancado una sonrisa. Había alcanzado mi meta. Era todo lo que quedaba de aquel momento — y bastaba.

Cuando salí del centro, todos me preguntaron cuándo volvería, y si tenía más historias.

II. Epílogo

La gente cree que lo que queda es un historial médico, una radiografía, una terapia que seguir en casa o un número de teléfono garabateado a toda prisa en un papel.

Se equivoca.

Cuando una persona sale de un centro, no se lleva casi nada de lo que sirvió para curarla.

Se lleva a las personas.

Se lleva las voces.

Las costumbres.

Los pasillos.

Los horarios.

Los rostros que durante semanas, o durante meses, marcaron el tiempo de su vida.

La medicina se queda en los archivos.

La memoria toma otro camino.

Y es de esa memoria de la que quiero hablar.

III. Página del autor

Esta obra no fue un encargo.

No se vendió.

No se hizo con fines comerciales.

Se escribió para dar testimonio del valor de la rehabilitación, de la dignidad humana y de la relación entre las personas.

El único honorario que se pide es un dólar simbólico — no como pago por la obra, sino como testimonio de un compromiso compartido con una cultura del cuidado, de la esperanza y de la responsabilidad.

Ferdinando